


Comprendo al fin el vasto sentido de las cosas

Amado Nervo y las seducciones del budismo



Jonathan Lechuga Garrido
Lingüística y literatura hispánica
jonathan.lechuga@alumno.buap.mx

«No hay modernismo sino modernismos», diría alguna vez José Emilio Pacheco (*Introducción XI*) en su famosa *Antología*. Al movimiento que surgió de los resquicios de un romanticismo pasado y un academicismo reciente, pues, lo domina desde sus inicios un carácter polifacético, polifónico y heterodoxo¹. Sin embargo, esta esencia no proviene exclusivamente de su base teórica, sino también —y mayormente, cabe decir— de la avasallante personalidad de cada uno de sus colaboradores. Hablamos de un movimiento ajustado a las necesidades del artista y no de un artista ajustado a las necesidades del movimiento. No hay un sistema ni tampoco una escuela definida. Línea peligrosa, sí, pero al final, magnífica y hasta indispensable. «La lírica de los últimos años del siglo XIX —reza prudentemente Torres (6)— necesitaba una transfusión de sangre nueva (...)» y son precisamente los modernistas quienes llevan a cabo esta labor, cada uno desde su propia trinchera.

AMADO NERVO:

EL HOMBRE Y EL ARTISTA

Para José Emilio Pacheco (*Amado Nervo*, 160), es «el poeta central del modernismo mexicano». Fuera de Rubén Darío —reflexiona acertadamente Torres— «ningún poeta americano ha influido tanto como Nervo en la renovación formal de nuestra poesía [española]» (16).

Amado Ruiz de Nervo y Ordaz nació en Tepic, Nayarit, el 27 de agosto de 1870. Al morir su padre —y siendo el mayor de siete hermanos— asume las funciones de cabeza de familia en forma prematura. Tres años más tarde, es enviado por su madre al seminario de Zamora, suceso que lo marcaría profundamente no sólo a nivel personal, sino también espiritual

¹ A los elementos románticos y academicistas, Goic (434) suma influencias de corte parnasiano, decadente, simbolista, naturalista, espiritual, criollo y finalmente, universal. La virtud del modernismo —piensa el autor chileno— recae precisamente en su capacidad de equilibrar esa gigantesca cantidad de voces en un continuum reconocible y clasificable, al menos en sus primeros años de gestación.

y artístico. A los veinticuatro comienza sus colaboraciones en *La Revista Azul* y cuatro años más tarde, en 1898, aparecen sus dos primeras obras de poesía: *Perlas negras y Místicas*, siendo esta última una de las más trascendentes dado su carácter profundo e introspectivo. Tiempo más tarde, participaría en las publicaciones de la *Revista Moderna*, alternándolo con sus escritos de prosa y poesía. La muerte de su esposa en 1912 significa para él un daño irreparable, que lo sume en un período de crisis e incertidumbre acrecentado por la Revolución. Siete años más tarde, el 24 de mayo de 1919, el poeta mexicano pierde la vida a causa de numerosas complicaciones de salud.

Sobre el quehacer literario de Nervo, Cedomil Goic dirá puntualmente que: Su obra poética sigue la curva característica de los poetas de la generación modernista. Primero con la tendencia artificiosa del período de gestación, para evolucionar luego hacia una forma más sencilla y de mayor interioridad, dentro de características marcadamente individuales (445).

La particularización de Amado —tal y como coinciden Ruiz (9), Mejías (647) y Pacheco (*Amado Nervo* 162)— versa sobre su vida y los acontecimientos que la envuelven y redireccionan. El acercamiento al budismo, por ejemplo, responde a la paulatina separación del dogma cristiano, que no le ofrece consuelo suficiente para superar la pérdida de su esposa. Desde su infancia —tal vez, a causa del fallecimiento prematuro del padre—, al pequeño Nervo lo persigue un constante miedo a la muerte y al mismo

tiempo, un descomunal hastío por la vida (Mejías, 648). Su cantar es un cantar errante. Cantar que lo refleja y que pesa, según sus propias palabras, mucho más que cualquier texto de tintes autobiográficos².

BUDISMO MILENARIO

EN LA OBRA DE AMADO NERVO:

PREFIGURACIONES ACTUALES

Pacheco (*Introducción XLIV*) coincide numerosas veces en que los problemas, inquietudes y ambiciones del poeta modernista corren al paralelo de los nuestros. Y no es difícil pensarlo, sobre todo si se tiene en cuenta el pequeño espacio temporal que existe entre sus obras y la llegada del nuevo siglo. Sin embargo, cuando estos elementos no sólo se reiteran, sino que también remontan a un pasado antiquísimo, la perspectiva de los mismos comienza a ser tomada con mucha mayor seriedad.

El ser humano frente a los placeres terrenos es un tópico recurrente en la historia literaria, filosófica y religiosa del mundo³. Si bien Amado no es un innovador, llega a configurarse como el eslabón de la medida⁴, huyendo de las pretensiones más extravagantes, pero también, de los estilos más fríos y desapercibidos al momento de tomar la pluma. Bajo este sentido, el constructo que mejor nos da una idea del pensamiento oriental en Nervo es *Renunciación*, texto que desde su título evoca una interesante e importante imagen de la doctrina fundada por Buda⁵. Aparece en el lugar número doce de *Apaciblemente*, primer libro de *Serenidad*, colección publicada en el año de 1914. Pese a su corta extensión —tres estrofas de cinco versos tridecasílabos cada una—, la carga simbólica que rodea al poema es exquisita, ofreciendo un marco de

comprensión totalmente insospechado.

«¡Oh, Siddhartha Gautama, tú tenías razón: / las angustias nos vienen del deseo; el edén / consiste en no anhelar, en la renunciación / completa, irrevocable, de toda posesión: / quien no desea nada, donde quiera está bien» (Nervo, *Renunciación* 35, vv. 1 – 5; el resaltado es propio). Este último verso —rítmico y cadencioso— recuerda poderosamente al fragmento 216 del *Dhammapada*, texto base del Canon Pali y al mismo tiempo, de la doctrina búdica: «Del deseo brota el dolor, del deseo brota el miedo; no existe dolor para el que está libre de deseo, menos aún existe el miedo» (Dragonetti, *Capítulo XVI* 80). Miedo a la pérdida, por supuesto, pero también a la irrealización de los anhelos. La fórmula del budismo es sencilla y pretende desterrar el dolor desde sus causas últimas, siendo el deseo una de ellas en tanto ata al individuo en el lugar de los placeres terrenos. El deber de éste —tal y como sucede con Buda y posteriormente, con Nervo— es percatarse de ello, compenetrarse de autoconsciencia (*sati*) y al último, después de un largo proceso intelectual y espiritual, aspirar al bien único, que en la tradición de Siddhartha recibe el nombre de Nirvana⁶.

«El deseo es el padre del *esplín*, de la hartura (...)» dice puntualmente Nervo en el noveno verso de su construcción poética (*Renunciación* 26, vv. 9; el resaltado es propio). Importado desde Europa⁷, el *esplín* ha de constituirse como uno de los tópicos más recurrentes en la escena modernista y al mismo tiempo, en el ambiente característico del siglo XX. Quien más desea es quien más se cansa, porque los apetitos terrenos son una corriente sin freno. Pese a ello, el budismo no sólo reconoce la importancia del cuerpo, sino que también ofrece interesantes métodos para disminuir su

2 «¿Versos autobiográficos? Ahí están mis canciones, / allí están mis poemas: yo, como las naciones / venturosas y a ejemplo de la mujer honrada, / no tengo historia. ¡Nunca me ha sucedido nada, / oh noble amiga ignota, que pudiera contarte!» (Nervo, *Autobiografía* 11, vv. 1 – 5; el resaltado es propio).

3 Aunque no es el sitio, hemos de decir que este pensamiento recorre —al menos brevemente—, algunas de las siguientes doctrinas. En Occidente: pitagorismo, orfismo, platonismo, neoplatonismo, gnosticismo, oráculos caldeos, cristianismo, hermetismo y cábala judía. En Oriente: hinduismo, budismo, taoísmo, confucianismo e islamismo.

4 Recuerda al *majjhima patipada* o Camino del Medio, como también es conocido el budismo. Para más información, véase «12. Camino del medio» en *Dhammapada*, Principales conceptos budistas, (Dragonetti, Principales 139 – 232).

5 Que significa literalmente «el iluminado». Según la doctrina budista, Siddhartha Gautama es el único ser humano en alcanzar tal estado —históricamente, alrededor del año 480 a. C.— y por esa razón, el culto a su figura creció de forma exponencial con el paso del tiempo. Pese a ello, es lícito recordar que ni Buda ni sus discípulos lo consideraban un ente sobrenatural, sino sólo un guía espiritual en el camino hacia la liberación. Antes y después de comprender el *dharma*, Siddhartha es y sigue siendo un humano, que a través de un ingente esfuerzo intelectual fue capaz de dilucidar entre las leyes que rigen al cosmos de aquellas que son simples ilusiones. En este sentido, el budismo enseña —al menos en sus orígenes más remotos— que todo ser dotado de intelecto es capaz de alcanzar la iluminación, distinguiéndose por ello de doctrinas religiosas y filosóficas mucho más cerradas.

6 Quizá, ningún elemento en la tradición oriental es tan complejo de definir como el Nirvana. De forma irónica, es uno de los conceptos centrales en el budismo y se repite innumerables veces a lo largo de todo el Canon Pali, siempre con significados diversos. Dada su esencia «supraterrenal e incognoscible», se ha optado por abordarlo históricamente a través de la vía negativa, método que siglos más tarde popularizaría Plotino en su caracterización de lo Uno y que al mismo tiempo, es la base de la llamada mística apofática.

Con relación a ello, véase «28. Nirvana (pali: nibbana; sánscrito: nirvana» en *Dhammapada*, Principales conceptos budistas (Dragonetti, Principales 139 – 232).

7 Si bien su origen es griego, el *esplín* como tópico relacionado a la melancolía y el hastío vital tiene su mejor desarrollo en Las flores del mal, poemario escrito por Charles Baudelaire en el año de 1855. Como prueba de ello, léanse los versos de la composición número LXXVIII, titulada «Spleen»: «—Y pasan coches fúnebres, sin tambores ni música, / por mi alma lentamente; la Esperanza, vencida, / llora, y la Angustia atroz y despótica planta / su negro pabellón en mi cráneo abatido» (Baudelaire 305).

volubilidad y procurarle un estado de existencia agradable. Contra Mara —personificación maligna de las pasiones bajas—, el ser humano debe entrenar a su mente⁸, alejando de sí las tentaciones que componen al mundo y que lo condenan una y otra vez al ciclo eterno de las reencarnaciones. Alejado del deseo está el cambio y quien comprende el cambio comprende también la esencia del Nirvana: «el estar alerta y vigilante es el camino hacia la inmortalidad, la desidia es el camino hacia la muerte; los que están alertas y vigilantes no mueren, los que son desidiosos son como los muertos» (Dragonetti, *Capítulo II* 16).

Con la tercera estrofa, la multiplicación de imágenes y alusiones crece ampliamente:

Quien bebe como el Cínico⁹
 el agua con la mano
 quien de volver la espalda al dinero es capaz,
 quien ama sobre todas las cosas al Arcano¹⁰,
jese es el victorioso, el fuerte, el soberano,
y no hay paz comparable con su perenne paz!
 (Nervo, *Renunciación* 36, vv. 10 – 15; el resaltado es propio).

Desapego, austeridad y disciplina son, respectivamente, los tres caracteres que Amado utiliza para ejemplificar la forma de obtener sosiego. Un sosiego que es perenne, en tanto se identifica con el supremo bien del Nirvana. El sacrificio para alcanzarlo es mínimo, si se piensa en lo que hay detrás de cada cosa olvidada y cuyo valor —si es que alguna vez lo tuvo— va disminuyendo todavía más mientras más se avanza en el sendero. Quizá, el triunfo de la ideología budista descansa mayormente en su invitación a la mesura: no hay que desprenderse de todo, pero es menester no aferrarse a nada. Cualquier herramienta usada en el camino —sea hábito, oficio, virtud o maestro— es susceptible a la inmutable ley del cambio y por ello, su estancia se pinta breve y única. Quien entiende lo anterior, es capaz de dilucidar fácilmente entre lo esencial y lo accesorio, lo bondadoso y lo negativo, lo productivo y lo estéril.

La «reiteración perpetua» para Occidente y Oriente: así lo piensa Amado Nervo y así

también lo pensó Buda, sentado bajo el legendario árbol de higos. Si los modernistas se mantienen vigentes es precisamente por su capacidad de avivar, como pocos, discusiones que involucran a toda la humanidad. Somos herederos y continuadores de una inquietud tan arraigada que parece inherente a nuestro pensamiento; renunciar a los placeres nos aterra, porque su contraparte nos involucra como sujetos que razonan. Y en una época como la nuestra —que se pinta cada vez más de un carácter triste y risible—, reflexionar no es sino un sinónimo de ocio, elemento que no produce y que por ello, es desechable. ●*

REFERENCIAS

- * “Carta I: El Mago: El arcano de la mística”. *Los arcanos mayores del Tarot. Meditaciones*. Traducción de J. López de Castro, Editorial Herder, 1987, pp. 25 – 50.
- * Dragonetti, Carmen. “Capítulo II. El estado de alerta y vigilancia”. *Dhammapada. Las enseñanzas de Buda*. Traducido y editado por Carmen Dragonetti, RBA Coleccionables, 2002, pp. 16 – 20.
- * _____. “Capítulo VI. El pandit”. *Dhammapada. Las enseñanzas de Buda*. Traducido y editado por Carmen Dragonetti, RBA Coleccionables, 2002, pp. 36 – 41.
- * _____. “Capítulo XVI. Lo querido”. *Dhammapada. Las enseñanzas de Buda*. Traducido y editado por Carmen Dragonetti, RBA Coleccionables, 2002, pp. 79 – 82.
- * ---. “Capítulo XX. El camino”. *Dhammapada. Las enseñanzas de Buda*. Traducido y editado por Carmen Dragonetti, RBA Coleccionables, 2002, pp. 96 – 100.
- * _____. “Principales conceptos budistas”. *Dhammapada. Las enseñanzas de Buda*. Traducido y editado por Carmen Dragonetti, RBA Coleccionables, 2002, pp. 139 – 232.
- * Goic, Cedomil. “Introducción. 8. Rubén Darío y los poetas modernistas”. *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana*.
- II. *Del romanticismo al modernismo*, Editorial Crítica, 1991, pp. 433 – 463.
- * Laercio, Diógenes. “Libro VI. Diógenes (404-323 a.C.)”. *Vidas de los filósofos ilustres*. Traducido por Carlos García Gual, Alianza Editorial, 2007, pp. 288 – 317.
- * Mejías Alonso, Almudena. “Amado Nervo”. *Historia de la Literatura Hispanoamericana. Tomo II. Del neoclasicismo al modernismo*. Coordinado por Luis Íñigo Madrigal, Ediciones Cátedra, 1987, pp. 647 – 653.
- * Nervo, Amado. “Autobiografía”. *Serenidad: 1909 – 1912*. Madrid. Imprenta de José Poveda, 1914, p. 11.
- * _____. “La montaña”. *Serenidad: 1909 – 1912*. Madrid. Imprenta de José Poveda, 1914, pp. 23 – 25.
- * _____. “Renunciación”. *Serenidad: 1909 – 1912*. Madrid. Imprenta de José Poveda, 1914, pp. 35 – 36.
- * Pacheco, José Emilio. “Introducción”. *Antología del modernismo (1884 – 1921). Tomos I y II en un volumen*. Universidad Nacional Autónoma de México, Ediciones Era, 1999, pp. XI – LIV.
- * _____. “Amado Nervo”. *Antología del modernismo (1884 – 1921). Tomos I y II en un volumen*. Universidad Nacional Autónoma de México, Ediciones Era, 1999, pp. 157 – 187.
- * Torres Ruiz, Andrés. “La poesía de Amado Nervo”. *Universidad de Valladolid. Publicaciones de la sección de estudios americanistas*, vol. 1 (6), 1939, pp. 5 – 26.

8 Nótese que el trabajo para la salvación del humano es en exclusivo personal, sin intervención de entidad alguna, incluido Buda: «Vosotros os debéis esforzar; los buddhas son sólo maestros; los que siguen el camino y meditan se liberan de las cadenas de Mara» (Dragonetti, *Capítulo XX* 96).

9 Referencia a Diógenes el Cínico en una anécdota recogida por Diógenes Laercio en *Vidas de los filósofos ilustres* (Laercio, 296): «Al observar una vez a un niño que bebía en las manos, [Diógenes] arrojó fuera de su zurrón su copa diciendo: “un niño me ha aventajado en sencillez”».

10 Coloquialmente, la palabra «arcano» se ha tomado como sinónimo de secreto. Sin embargo, los estudios del Tarot —sitio donde el mismo término ha tenido su mayor desarrollo— difieren de esta interpretación, proponiendo en su lugar acercamientos mucho más esquematizados: «Un arcano es lo que hay que saber para ser fecundo en un sector determinado de la vida espiritual. Así como el arcano es superior al secreto, así también el misterio está por encima del arcano» (Los arcanos 26). En el presente análisis se ha optado por esta definición, apelando tanto al resaltado intencional del poeta —la mayúscula inicial en «Arcano»— como a sus conocidos vínculos con las doctrinas esotéricas.